

Hablando de parques

SUSPENDIDOS SOBRE EL AGUA AL ATARDECER, me preparo para el momento decisivo. En esa pompa gigante que se extiende por encima del lago artificial encontramos una mesa vacía para verlo todo sin sufrir la intemperie del otoño.

Pocas pompas quedan intactas si abundan los objetos punzantes... –le digo apretando las uñas contra el cristal, cuando en realidad tendría que haberle anunciado que estoy a punto de abandonarle para siempre.

Tomamos asiento uno frente a otro en esa cafetería transparente, enfrentados una vez más me digo. Ahora mismo no es el desinterés hacia él lo que me mueve a abandonarle sino que sencillamente preferiría estar con alguien que me sacara la verdad a la primera.

–Estamos en un mirador sobre el mundo. Mira, mira, mira... –le digo, y con un golpe rápido de la mano sobre el cristal como si retrajera las uñas le pido que recree la vista en todo lo que se ve desde aquí.

Pero si algo le hace vibrar a Man es el café, relamiéndose con cada sorbo humeante, desdoblada su personalidad hasta en esa acción trivial: con una mano sube y baja la taza, y con la otra describe círculos en la mesa con una servilleta para limpiar el líquido derramado.

–Este lugar se cuenta entre lo más moderno de la capital –empiezo a contarle como si me hubiera pedido explicaciones–, lo construyeron el año pasado, han querido levantar un edificio que esté a caballo entre la construcción humana y el hábitat natural, hasta parece que nos desplazamos sobre el agua como ánades, en íntimo contacto con los cambios y secretos de la naturaleza, cómo se aprecia esa transformación desde aquí. Y en la otra orilla, los olmos empiezan a cambiar de tonalidad y a perder las hojas, pero los edificios del fondo,

sí, los bancos y los hoteles lujosos y los bloques de apartamentos sólo para afortunados, son iguales en todas las estaciones.

–Hay cosas que no cambian –objeta él con convicción.

Man me había dicho eso mismo tantas veces que casi no le escuché. Por eso tardé en responder.

–Todo cambia y ésa es precisamente la condición.

–¿Qué condición? –me pregunta, repentinamente interesado en la conversación y abriendo mucho la boca.

–¡La condición de estar vivo!

Como él no responde, yo sigo hablando del lugar.

–Si parece una encrucijada... la vida urbana y la naturaleza, el agua y la tierra, la vida animal y la humana... hasta... sí, hasta Oriente y Occidente.

Él sigue ocupado con su café, y yo no dejo de hablar.

–Muchos vivimos aquí, otros son turistas –proclamo para introducir el tema que me preocupa–, hay muchas mujeres con la cabeza envuelta en velos, a algunas ni se les ven los ojos...

Man saborea tanto su café que los labios se le fruncen como un catador de vinos.

–... y mira allí –le digo, señalando en la distancia con el dedo y manipulando el entorno para mi propósito–, hay una mujer cubierta de negro que está filmando con una cámara de vídeo los patos del lago, algún cisne, los niños dándoles migas a las palomas... Y allí otras mujeres, sí, otras mujeres que caminan enseñando el cuello, los brazos, las manos. Y yo...

Miro hacia el lago y el cielo de nubes, por fin muy cerca de mi objetivo.

–... y yo voy descubierta, y sin embargo, ¿qué sabes de mí, dime, qué sabes de mí?

Al terminar la pregunta, me bebo todo el café de un solo golpe sin anticipar la temperatura. La tos repentina hace que se me salten las lágrimas y que me revuelva en el asiento. Man me ofrece su servilleta de papel sin decir una palabra, y aunque acepto su oferta, para no verle miro hacia las orillas del lago donde un niño echa a correr detrás de los patos. Se hace de nuevo el silencio y ya no tengo más café para entretenerme. Y ahora dirijo la mirada hacia dentro, un lugar lleno de gente que se refugia más del frío otoñal que del hambre.

—Aquí dentro —sigo diciendo, y toso de nuevo para aclararme la garganta quemada por el café—, hay una pareja que come croissants sin parar, y allí una familia numerosa, sí, donde los padres no parecen hablar una palabra con los hijos, y a nuestro lado un hombre solo con tres tazas vacías en la mesa...

Man vuelve a apretar los labios sin decir nada. Quizás él sabe muy bien lo que estoy a punto de anunciarle y lo ha sabido desde hace tiempo, sólo alguien indiferente ante el mundo puede camuflar tan bien las cosas.

—... y en la mesa del fondo hay una cabeza que dice con gestos de ojos y dedos índices que sí, que sí, pero no sé si es a mí a quien se dirige, creo que tiene que ser a alguien ahí fuera, es una mujer de un país lejano...

Y allí, en el extremo del café, se ve a una mujer de piel de cobre, vestida de ocre y granate, sentada en el borde de la silla, mirando con impaciencia de un lado a otro, haciendo gestos con las manos como si describiera figuras geométricas en el aire. Está acompañada de alguien, pero la corpulencia de Man oculta a esa otra persona.

—...verás que hay gente de todas partes, con todas las indumentarias, todos los rostros, todas las lenguas. Mira bien, mira, si parece que estamos en el centro del mundo y por eso...

—Por eso ¿qué? —me interrumpe Man con desafío.

–Por eso... hay que prestar más atención a todo lo que tenemos a nuestro alrededor y no perderse un detalle, Manuel.

La mujer de piel de cobre se levanta en ese momento y camina en círculo en torno a alguien a quien no veo; y entonces extrae unos polvos brillantes de una bolsa atada al cinturón y los esparce a su alrededor.

–Y lo que quiero explicarte es que... –digo y me callo.

El inicio de mi discurso sólo le provoca a Man mayor desinterés, y se echa hacia atrás en la silla, balanceándose peligrosamente. Y si dejo de hablar es porque de verdad no puedo pronunciar una palabra más. Aquel cambio de postura de mi compañero de mesa me da exactamente lo que quiero: queda al descubierto el acompañante de la mujer impaciente que sigue moviendo las manos en el aire, y que ahora también hace giros con la cabeza. Y sin embargo, la visión de aquel hombre dura apenas unos segundos porque me veo incapaz de seguir mirándole. No puede ser lo que estoy viendo, me digo. No puede ser, estoy a punto de decirle a Man, pero él finalmente se ha decidido a hablar y está perdido en una deliberación sobre, creo, las cosas importantes de la vida. Si dejo de escucharle es porque lo que veo ha tenido que quitarme la respiración.

Ese hombre en la distancia está... pienso en mis adentros pero me detengo. Sí, ese hombre, sentado con la mujer que no deja de moverse y a la que no puedo ver ahora, ese hombre de la mesa del fondo, con unos ojos que parece que no enfocan y con la palidez del amanecer, con una boca que abre y cierra como una pez fuera del agua, es alguien que ha tenido que, sí, ha tenido que haber, pues, muerto, sí, haber muerto ya, sí, hace un par de días al menos, o incluso más, una semana.

–¡Es un muerto, sí, es un muerto! –grito en silencio, atreviéndome finalmente a reconocer ante mí misma lo que está sucediendo, y lo hago sin sobresaltos como si fuera una verdad en espera de ser descubierta desde hace ya tiempo.

Es cierto que el hombre aún disfruta de cierto movimiento. Por ejemplo, mueve apenas los globos oculares enrojecidos de un lado a otro, los arruga como si estuviera mirando un objeto a lo lejos, abre la boca y me enseña las encías sin dientes y la lengua seca, en la frente se aprecian ribetes de sangre coagulada y en las mejillas cicatrices secas, hasta levanta una mano –retorcida, azul– y la baja sin que su gesto tenga trascendencia alguna, no parece una bendición ni una despedida, tal vez un pequeño y último amago de ejercicio físico. Va ataviado con una túnica blanca y del cuello le cuelgan abalorios de colores, creo adivinar desde donde estoy sentada. Y nadie parece haberse dado cuenta, la gente pasa por su lado sin inmutarse un momento.

Así que quiero decírselo a todo el mundo, a Man, a los que beben café, a los que comen croissants, a los camareros, a la cajera, a los que se pasean por el parque... especialmente a la mujer que está sentada con él. A ella yo le diría: señora, su marido ha muerto, con esa expresión no puede estar ya vivo, es súbdito del reino de lo extinto. Debe de ser, trato de razonar, que un cadáver es también un cadáver ambulante en ciertos casos. Y es que esos pequeños movimientos de ojos, boca y mano que se aprecian en ese hombre no son representativos de la vida. No, la vida es otra cosa... ¡Digna, llamativa, exorbitante, caprichosa! Sí, la vida es otra cosa, eso es lo que pienso al mirarle a Man y me gustaría decírselo a gritos, pero no me salen por ahora, no, palabras. Y como no puedo soportar más la visión del muerto, empujo la silla en la que estoy sentada hacia un lado porque Man sigue balanceándose moleestamente en la suya y hablando sin parar. De nuevo tengo frente a mí a la mujer que no deja de moverse, pero ahora está mirando en torno suyo con mayor agitación aún, como si estuviera a la espera de que se produzca algo decisivo. Al hombre muerto ya no hay manera de verlo más porque ha llegado un grupo de gente que está buscando mesa y lo ocultan por completo de mi vista. Y entretanto oigo que Man me dice que él no ha cambiado y que es feliz conmigo porque yo tampoco he cambiado para nada. Dejo de

escuchar, ya he perdido el hilo, tal vez Man no dijo nada de todo esto que menciono, me sucede a veces con él, y por eso prefiero no atribuirle argumentos que posiblemente no sean suyos. Si le cito en algún momento es para demostrar que sí hubo un intercambio de palabras aquel día, no silencio, no vacío. Por el momento, mejor la contradicción que el vacío, pensé. Y ahora de nuevo estoy de frente a esa mujer que parece sonreírse solamente para sí, y yo hago lo mismo, sin dedicar mi sonrisa a nadie en particular. Como es de esperar, Man lo interpreta como que le doy la razón.

—Ah, no andaba equivocado, ¿ves? Estoy en lo cierto. Tú no has cambiado para nada en estos años, eres la del primer día. Estás plenamente de acuerdo conmigo.

La mujer de piel de cobre deja de sonreír entonces y se hunde en la silla como si se diera por vencida. Por detrás de la cabeza de Man, distingo la punta de la cabeza del muerto, su mano corrompida que sube y baja por el aire, el cabello descompuesto y cremoso. Le observo entonces de frente al hombre al que quiero abandonar después de haber estado juntos tantos años. Ahora mismo todo aquel asunto —su desgana e indolencia, mi desengaño y claudicación— no me interesa tanto. Y miro hacia las aguas verdosas del lago que invitan a sumergirse en ellas, y luego hacia la mujer de negro que hace una película de aficionado, los patos y los niños y las palomas de una capital cualquiera —urbanizada hasta en los parques— y la gente que hace jogging en aquella zona verde —puede que caminen tan aprisa para llegar antes donde tengan que llegar. Y cuando estoy a punto de gritarle a Man que vea de una vez por todas lo que está sucediendo delante de sus propios ojos, compruebo que aquellas dos personas que hasta hace unos instantes me quitaban la respiración se han marchado y no se les ve por ningún sitio, ni fuera de la cafetería de cristal, ni en el camino de asfalto junto a los céspedes ni más allá junto al pequeño bosque de abedules. Sólo el lago vibra con más insistencia en un trecho dado, y en sus aguas aparecen líneas y formas que se me antojan

siluetas de seres con brazos y piernas, posiblemente una mujer y un hombre. ¿O ha sido el viento el que ha dibujado sus caprichos en la superficie del agua?

–Mira, Man, mira. La mujer le ha seguido al hombre, aun cuando todavía no le correspondiera morir a ella –digo, pero sé que Man ya no me escucha.

Él sigue hablando de lo inalterable y de lo duradero, y comprendo por fin que ya no tengo nada más que ofrecerle ni que decirle, ni siquiera una despedida en regla ni tampoco un simple adiós con la mano.

Es posible, me da por pensar, que en el barrido de una cámara de aficionado sí haya constancia de la esposa sonriente y de su marido muerto entrando en el lago hasta desaparecer en las aguas cenagosas, eso sí que tiene que ser posible de alguna manera.

Relato de “Zero Negative – Cero negativo” de Isabel del Río, publicado por Araña Editorial, 2012.

© Isabel del Rio 2018